

Homilía del 2 de junio de 2013

Hoy celebramos la Solemnidad del Cuerpo y la Sangre de Cristo. Siempre éste es un día especial para mi familia y para mí porque nuestra creencia de lo que la Eucaristía es, verdaderamente el Cuerpo y la Sangre de Cristo, cambió nuestras vidas. Aunque esta creencia alienó a los padres de ambos mi esposa, Ruth y yo, nuestra creencia nos llevó a una riqueza de fe y a una relación con Dios y su gente, que es la Iglesia, que yo no sabía era posible. Yo no sabía que yo podía continuar a aprender acerca de mi fe, cosas nuevas y emocionantes que han cambiado mi vida sin fin. Yo no sabía que yo podía ganar paz dentro de mí aun cuando yo estaba angustiado sobre la gente y sobre el mundo alrededor de mí. Puedo decir que estoy eternamente agradecido que el Espíritu Santo nos llevó a este entendimiento del Cuerpo y la Sangre de Cristo, que a su vez nos condujo a la Iglesia Católica.

Como les he dicho a algunos de ustedes antes, Ruth y yo fuimos criados en una Iglesia Bautista, una iglesia en la tradición Protestante de cristianos nacidos de nuevo. Mi suegro era un ministro Bautista, y mis bisabuelos fueron dos de los fundadores de la iglesia bautista en la cual crecí. Ruth y yo siempre estábamos activos en la iglesia, enseñando educación religiosa, tocando el piano, cantando en el coro, etc. Fui un diácono en la iglesia local, y como miembro de la facultad serví como consejero de los estudiantes bautistas de Mississippi State University, y entonces serví como consejero de los estudiantes bautistas del estado de Mississippi. Cuando mi esposa, mis hijos, y yo nos hicimos católicos, mis padres hablaron de desheredarme, la madre de Ruth regresó cualquier regalos que le enviamos a ella sin abrirlos y no nos permitiría que nosotros o nuestros hijos la visitemos. Brevemente les cuento mi historia porque nuestra fe nos cambió y cambió a nuestras relaciones. En un sentido pienso de este día, la Solemnidad del Cuerpo y Sangre de Cristo, como un aniversario de nuestra fe porque nuestra creencia cambió nuestras vidas.

Su reverencia por la Eucaristía me dice que también ustedes creen. Algunos de ustedes participan en adoración eucarística en la capilla, y les invitaría a venir a ese lugar de oración. Pero la Eucaristía no es para adoración solamente. Como la Iglesia nos enseña, «La Eucaristía es la fuente y cumbre de la vida cristiana,» la fuente porque desde Cristo fluye todo lo que existe, la cumbre porque ser uno con Cristo es nuestra meta como

Homilía del 2 de junio de 2013

cristianos católicos. Nuestra participación en la misa fortalece nuestra relación con Cristo y con la comunidad, que también es el Cuerpo de Cristo. Una dimensión importante de esa participación es subrayada por la primera y segunda lecturas. Señalan a la Misa como un sacrificio. Ese sacrificio fue presagiado por Melquisedec en el Antiguo Testamento en su ofrenda de pan y vino (Génesis 14:18). Ese sacrificio es referido por San Pablo en el Nuevo Testamento cuando escribe, «Esto es mi cuerpo, que se entrega por ustedes,» y cuando comemos su cuerpo y bebemos su sangre, «[proclamamos] la muerte del Señor, hasta que vuelva» (I Corintios 11:26).

Nuestra participación en la misa, en el sacrificio de Cristo, tiene implicaciones importantes para nosotros. Nuestras vidas unidas con la vida de Jesús se convierten en una ofrenda a Dios. Inmediatamente antes de que recibimos la Eucaristía, decimos, «Señor, no soy digno de que entres en mis casa, pero una palabra tuya bastará para sanarme». Mucha gente, yo temo, no recibe la Eucaristía porque creen que son indignos de recibirla. Algunos creen que son tan indignos que nunca pueden pasar al frente para recibir comunión. Creer que tenemos que ser un santo a fin de recibir Cristo es un error. Si eso fuera verdad, ninguno de nosotros podría recibirlo. Es cierto que somos indignos, y lo decimos. Es Cristo sólo quien puede hacernos dignos, y le pedimos a él que diga la palabra. Ya ha dicho la palabra, y así vengamos y comamos, vengamos y bebamos. Cuando escuchamos la palabra de Dios en las Escrituras, llevamos a Cristo con nosotros, pero cuando lo recibimos en la Eucaristía, lo llevamos con nosotros de una manera aún más íntima.

Una vez alguien me dijo que parezco feliz de estar en el altar. Eso es cierto. Lo que esa persona no puede saber es que estoy feliz de estar en la Misa. Cuando pienso que Jesucristo, Señor mío y Dios mío, me ha invitado, un indigno ser humano, a recibirlo en mi vida, ¿cómo puedo no estar feliz? Y así con Cristo, yo les invito a venir y comer, venir y beber, y recibir a Cristo y llevarlo con ustedes dondequiera que estén, dondequiera que vayan.